

SECCION HUMORISTICA.

Observaciones meteorológicas.

A juzgar por la estación que atravesamos, vemos que todos los elementos están en completo desacuerdo: lluvias en pleno Enero, temblores después de la entrada del verano; la leña, el maíz y los huevos, caros; las aguas de los ríos con miel de café y éste a treinta centavos libra; los acreedores afanándose en pasar sus cuentas y los deudores, como de costumbre, haciéndose los sordos (bien que eso no es extraño;) los trenes que se adelantan a salir la víspera por la tarde en vez de hacerlo en su día y a sus horas; el carbón de piedra que está sustituyendo ventajosamente a la leña verde (esto en los Estados Unidos) gracias a los esfuerzos del yankee; nieve blanca, hielo frío y ocho grados bajo cero en el puerto de Limón todo a consecuencia de la gran inmigración Londonesa que ha traído por equipaje cuarenta toneladas de invierno polar; sudor de gota gorda a treinta y dos grados centígrados en las alturas del Turrialba y ejércitos de excursionistas que marchan a visitar el volcán del amor formados en alas de paloma y columnas de periódico; ponches de leche de Venus con nueces de agalla fabricados a máquina de coser; café de garbanos tostados con azúcar de plomo; fábricas de chocolate en las dos Antillas de Cuesta de Moras, con sucursal para venta de opiniones por setenta y cinco pesos al mes en casa de...; aguas gaseosas y minerales en la torre Félix-Méndez-Eiffel con sirope de raspahuacal para afecciones del vaso de oro del Rey Baltazar; tiste alemán en el lago Munich; águilas americanas navegando en ondas de éter sulfúrico; soles chilenos y peruanos alumbrando el mundo de los poetas; las brisas del teatro de variedades balanceando pabellones de estrellas de fideos; nubes de ópalo en ojos de cristal que giran en órbitas de cometa; manzanas de Eva; tiendas y almacenes de guerra donde se venden las mejores telas de araña; baños de mar en casa de Matamoros y paseos veraniegos a la oficina de la redacción de *El Herald*, por los alcaldes de San José; cancelación de cuentas de rosario por los tenedores de libros ajenos; registro de la propiedad por el Resguardo de Hacienda; cuadros al óleo de melcochas en la calle de la estación del ferrocarril; mulas de Mr. Keith tirando del carro del progreso; el globo terrestre descansando en los hombros de una botella de champagne; los siete sabios de la Grecia explicando las siete maravillas del mundo; las siete espadas del naípe clavadas en el corazón de María; los siete pecados capitales auyentados por las siete plagas de Egipto; los siete colores del arco del espinazo de un gato reflejados en los siete días de la semana mayor; el año verde; la estación de las canas; la mañana de la vida; la oscuridad del alma; la música de un beso; el rey que rabió; las cuarenta horas; jerez italiano; ensaladas poéticas de viejas lechuguinas con vinagre de los cuatro ladrones y aceite de sándalo; naufragios en el mar de la vida; los toques del clarín guerrero de San Vicente Ferrer y juicio final.

Todo esto nos lo ha contado un parajito y sin embargo ningún cambio está marcado en el *Barómetro* que el Gobierno posee desde el primero de Enero en cierta oficina...

VARIEDADES.

FRAGILIDAD.

Me amabas, sí, pero con tal exceso
Que un día al verme con Martín del brazo,
Por darme aprisa un beso y un abrazo
Cayó en los labios de Martín el beso.

Yo celoso, tu viva y el travieso,
Le sorprendí dormido en tu regazo;
Pero otro más feliz rompió ese lazo
Dándole a tu pasión nuevo embeleso.

Si así vive tu amor, lo que un suspiro,
Y tu ilusión se anuda ó se desata
Al soplo del capricho ó la fortuna,
Eres como el espejo en que me miro
Que si bien las imágenes retrata,
Refleja todas sin guardar ninguna.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

A UN ARTISTA

AL ABANDONAR SU PATRIA.

¡Partes, adiós! del Sena turbulento
O del Arno feliz por la ribera
Dejas la patria, que en tu edad primera
Madre amorosa te enseñó su acento.

Flotando quedan en el vago viento
Los ecos de tu voz dulce ó severa,
Y el alma, que tu canto conmoviera,
Lágrimas da otra vez al sentimiento.

Tal es del genio la misión sublime:
De dichas y placer, raudal fecundo,
Las glorias canta y las miserias gime;

Lo quiere Dios en su saber profundo:
El mundo por el arte se redime
Y el arte tiene como patria el mundo.

MANUEL DEL PALACIO.

INCUBACIÓN ARTIFICIAL.

La cría de gallinas, por la marcha del progreso general de todas las cosas, no es mas que lo que antiguamente era. Entónces el corral de las gallinas era un accesorio de la finca de labranza; allí en un rincón echaban las gallinas sobre los huevos, llevaban los polluelos a los campos vecinos y los traían de noche a la heredad.

En la actualidad hay el arte y la ciencia de la *avicultura*, método racional, científico de criar las gallinas en armonía con la agricultura en grande y la industria moderna.

En algunos países la avicultura ha llegado a ser una verdadera industria, tan importante y lucrativa como la manufactura de conservas alimenticias ó de muebles para el hogar.

Para establecer esta industria se levantan capitales como para la fundación de fábricas de tejidos, y la empresa se dirige según métodos científicos y la experiencia obtenida en los grandes establecimientos modelos.

La avicultura tiene en la prensa sus órganos especiales que tienen al avicultor al corriente de todas las innovaciones y adelantos. En una palabra, la avicultura ha pasado a ser una verdadera profesión; y como tal merece estudio bajo todo aspecto y sus detalles mas mínimos.

Indisputablemente que la parte más interesante de este ramo de las ciencias constituyentes de la agronomía, es la incubación artificial. Algunas explicaciones acompañadas de ciertos grabados que hemos tomado de la interesantísima obra del señor Voitellier, titulada *La incubación artificial y el Corral de las gallinas*, darán a nuestros lectores una idea completa de las distintas partes de tan importante operación.

La incubación es, entre las aves, la acción de echarse sobre los huevos, y

es una función natural de estos animales.

El conocimiento de los cuidados que hay que prestar a la incubación natural se ha perpetuado entre los labradores por medio de la tradición continua, y todos ellos tienen este conocimiento sin haberlo hallado en los libros. Pero la producción natural según medios conocidos no basta ya; y como ha sido necesario sustituir los antiguos instrumentos de labranza por los perfectos del día, ha sido necesario también hallar la manera de aumentar el número de animales para alimentar una población siempre creciente, y que es mas exigente en sus gustos.

Con el aumento de la demanda se pensó en satisfacerla por medio de la incubación al vapor: de allí, la invención del *incubador artificial*. Echada la gallina sobre sus huevos dejaba de poner. He aquí una pérdida para la compañera del labrador, que dejaba al pavo el asunto de la incubación, por lo bien que hace su papel.

En todas las épocas de la historia se ha tratado de sustituir el calor natural por el artificial. En Egipto se "manufacturaban" los polluelos en el horno. También los chinos tenían por muchos siglos un método análogo. Reaumur se ocupó del asunto mucho tiempo ha, y sus obras sobre los polluelos y las maderas artificiales, lo mismo que sobre sus varios experimentos, tienen muchísimo interes. Este autor sacó gran partido de las cajas calentadas con estiercol nuevo en fermentación, y a fuerza de mucha atención tuvo muy buen éxito. Después de Reaumur, ensayó Bonnemain su termo-sifon que calentaba los huevos por debajo. En seguida se presentó Cautelo, que fué el primero en calentarlos por arriba. También Charbogne construyó un incubador; pero como hizo un misterio del invento se le prestó muy poca atención. Por último apareció el incubador de Carbonnier, que se le tuvo por uno de los mejores; pero hasta entónces, bajo el punto de vista industrial, no se conocía nada bien.

Del conocimiento práctico de los principios científicos en que está basada la incubación natural sacaron los inventores sus primeras ideas: su conocimiento les dió los primeros datos con que guiarse al principio de los experimentos. Nada inventaron, y simplemente imitaban a la naturaleza, copiándola con la mayor fidelidad.

Los principios fundamentales son los mismos de siempre; pero en los sistemas modernos quedan evitados los inconvenientes de la incubación natural.

Debido a la sencillez de los aparatos de incubación modernos el cuidado de vigilarlos y hacerlos funcionar puede dejarse en manos inexpertas. Ya no hay mas huevos rotos por las gallinas, ni mas polluelos apachurrados, ni envenenados por las fétidas emanaciones de un mismo nido. No hay nada que ofenda la vista ni el olfato, y en todo instante hay acceso al nido. Todo el cuidado se limita a calentar un poco de agua por la mañana y la tarde, y a volver los huevos. La ama de casa puede sin repugnancia alguna atender al incubador.

No es solo en la heredad ó en la finca de labranza donde está llamado el incubador a ser muy útil. Los cazadores pueden tener esta invención como un beneficio especial. Con solo poner el aparato en manos de su guarda bosque estarán siempre seguros de encontrarlo oportunamente lleno de faisanes.

Donde las ventajas del aparato son grandes es cuando se trata de la incubación de los huevos de perdices. Los segadores a menudo traen a la heredad huevos que han empezado a incubar, y

que están a punto de empollar, y no pueden enfriarse por algunas horas.

En este caso el guarda bosque sale corriendo a las fincas vecinas en busca de una gallina clueca, y la mayor de las veces se presenta con una de esas enormes aves de la Cochinchina, de grandes patas con que apachurran los polluelos. Esto no pasa con el incubador: allí esta listo siempre para recibir los huevos en cuanto llegan del campo, y los polluelos vienen al mundo sin accidente alguno. Después de la incubación se tiene también a la madre artificial que cuida mejor de las avechillas que la mejor de las madres. En una palabra, el incubador es un aparato práctico que todo avicultor inteligente y todo cazador debieran tener.

He aquí lo que Mr. Jonbert, presidente de la *Sociedad Nacional de Agricultura* ha dicho del incubador cuya construcción y modo de operar describiremos sucintamente.

Dicho aparato es tanto mas notable cuanto que difiere esencialmente de todos los construidos hasta hoy. No es un aparato de laboratorio, no es una de esas invenciones complicadas que para que den buenos resultados requieren aprendizaje y hombres de gran habilidad para manejarlos, y especialmente que esten acostumbrados al mecanismo que se ha de usar.

Este incubador es cosa enteramente distinta; es un verdadero aparato para la finca ó heredad, y tan fuerte y desprovisto de gracia como un arado ó una mantequillera. Puede ponerse en manos de la mas tosca labradora ó da una criada cualquiera, sin temor de que echen a perder el aparato; pues no tiene gavetas que abrir con cuidado que examinar con precaución, y cerrar con atención. Tampoco tiene nada frágil, carece de tubos de vidrio para indicar el nivel del agua interior; y no hay disposición alguna que pueda descomponerse por el uso diario del incubador. Todo está visible—todo está hecho, por decirlo así, a la clara luz del medio día. Todas las instrucciones que hay que dar a la criada se limitan a las divisiones de un termómetro. Con esta enseñanza ya lo sabe todo.

El aparato se compone de una caja de madera de forma cúbica, que contiene un recipiente de zinc. Este, de forma circular, tiene dobles costados, deja un espacio libre bastante amplio en el centro de la caja, donde se colocan los huevos como en la nidada. Este espacio está cubierto con dos marcos con vidrio a través de los cuales sin abrir nada, pueden verse los huevos y el termómetro. El calor se obtiene del agua caliente del recipiente (rodeado de aserrín bien atadado) que le cuida con toda regularidad cambiando una pequeña parte del agua por la noche y por la mañana.

La aereación que casi es suficiente a través del gran volumen de aire que contiene la cámara tibia, se mantiene por medio de dos tubos pequeños que parten del fondo del recipiente, y terminan a poco mas arriba de los huevos.

La humedad regular se distribuye por medio de una capa de arena del espesor de una ó dos pulgadas, que se ponen en el fondo del incubador, y se mantiene continuamente húmeda. Los huevos reposan ó en una cama de paja corta que cubre la arena, ó en sostenedores móviles. El uso de estos sostenedores, llamado volvedores de los huevos, son muy útiles.

(Continuará.)

(De la *América Científica* de New York.)